

el de las costumbres de la Iglesia católica, y el de las costumbres de los Maniqueos; el de la grandeza del alma, y los tres del libre albedrio. Llegó á Cartago, y se detuvo allí algun tiempo con Alipio, alojado en casa de Inocencio, que habia sido Abogado del Vicario de la Prefectura. Los cirujanos curaban á la sazón á Inocencio de ciertas fistulas que se le habian formado; y habiéndoselas sajado, como pretendiesen perfeccionar la cura con remedios exteriores, notaron otra nueva fistula que se oponia á sus intentos, y así al cabo de mucho tiempo juzgáron que era indispensable volver á hacer otra incision.

IX. El enfermo la temia como una muerte inevitable, y toda la casa estaba en la mayor afliccion. »En esta extremidad nos dispusimos á rogar á Dios, dice San Agustin, nos pusimos de rodillas, y nos postramos en tierra, como es costumbre; y el mismo Inocencio se arrojó con tanto impetu, que parecia que alguno le habia arrojado con violencia. Empezó á pedir á Dios; mas ¿quién podria explicar de qué modo, con qué ardor, con qué elevacion, con qué torrente de lágrimas, con qué gemidos y sollozos? La convulsion de sus miembros era general, y apenas podia respirar. Yo no sé si los demás oraban, ó si este espectáculo los interrumpió; de mí puedo decir que no podia orar, y solamente decia dentro de mí mismo: Señor, si no oís estas oraciones, ¿qué oraciones oireis? porque me parecia que ya no se podia añadir, sino espirar suplicando. Nos levantamos, pues, y recibida la bendicion del Obispo que se hallaba presente, nos retiramos todos. El dia siguiente volviéron los cirujanos, pusieron al enfermo sobre su cama, le quitáron las bendas, y descubriéron aquella parte: el cirujano, armado con el cuchillo, buscaba con las manos y con los ojos la fistula que habia de abrir; mas despues de haber mirado y buscado por mucho tiempo, halló una cicatriz muy firme, y que el mal estaba curado enteramente.» De Cartago pasó San Agustin á Tagaste, se retiró con sus amigos á

las tierras que tenia cerca de aquella ciudad, y permaneció en ellas como tres años, separado de todos los cuidados del siglo, viviendo solo para Dios, y egercitándose en el ayuno, la oracion y buenas obras, meditando de dia y de noche la ley del Señor, y instruyendo á los otros con sus escritos. Vendió sus tierras, y distribuyó el dinero á los pobres, no reservándose cosa alguna; para servir á Dios con entera libertad. Se ve por las obras que compuso en este retiro, así para explicar la Santa Escritura, como para defender la doctrina de la Iglesia, que estudiaba con gran cuidado, no solo en los santos libros, sino tambien en los escritos de los autores Eclesiásticos que habian tratado antes que él las materias en que nos debemos instruir. Allí mismo practicaba con sus amigos todos los exercicios de la vida religiosa.

X. Mientras así se ocupaba, y solo pensaba en vivir desconocido en el ultimo lugar, le puso el Señor en el Ministerio Eclesiástico, aunque estaba tan distante de entrar en él por su aficion. La ocasion fué la siguiente: Un Agente del Emperador en Hipona, ciudad maritima en la inmediacion de Tagaste, hombre verdaderamente christiano, y temeroso de Dios, informado de su virtud y de su ciencia, deseó mucho verle, y oír de su boca la palabra de Dios. Aseguraba éste, que las instrucciones que recibia de él eran capaces de hacerle renunciar las vanidades y pretensiones del siglo. Esperando San Agustin ganarle para Dios, y empeñarle en que fuese á vivir con él, llegó á Hipona, tuvo con él varias conversaciones, y le instó mucho á que cumpliese lo que habia prometido á Dios. Mas no le pudo persuadir á que por entonces lo executase. Por aquel tiempo gobernaba la Iglesia de Hipona Valerio. Este era un hombre de grande piedad y temor de Dios; mas como era Griego de nacimiento, se explicaba con mucho trabajo en latin. Viéndose, pues, por esta falta menos útil á la Iglesia, pedia muchas veces á Dios que le diese un hombre capaz de edificar á su pueblo con sus palabras y doctrina. Un dia que

hablaba á su pueblo de la necesidad en que estaba de dar un Presbítero á su Iglesia, el mismo pueblo que conocia la virtud y doctrina de San Agustin, y le amaba mucho, sabiendo que habia dexado sus bienes para consagrarse á Dios, le cogió en medio de la Iglesia, á donde habia venido sin saber lo que pasaba, y le presentó, segun costumbre, al Obispo, suplicándole unánimes, y con muchas ansias que le ordenase Presbítero. Como San Agustin se deshiciese en lágrimas á vista de los peligros y trabajos á que le exponia el gobierno de la Iglesia, algunos de los que reparáron en su llanto, y no penetraban la causa, le decian para consolarle (como si se afligiera por no ser mas que Presbítero): ya vemos que mereces otra plaza mayor; pero el Presbiterado es escalon para ser Obispo. Se cumplieron los deseos del pueblo, y quedó San Agustin ordenado de Presbítero á pesar de su resistencia, á principios del año 391.

XI. San Agustin, aunque Presbítero, conservó el amor al retiro, y se resolvió á vivir en Hipona en un Monasterio, como lo habia hecho en Tagaste. Viéndole Valerio en esta disposicion, le dió una huerta de la Iglesia en donde congregó diversas personas que deseaban, como él, entregarse enteramente á Dios, y hacia con ellos una vida semejante á la de los primeros Christianos de Jerusalén en tiempo de los Apóstoles. Los que tenian bienes, los vendian, y distribuían el precio á los pobres, no reservandose otro fondo que el mismo Dios. En el número de sus discípulos se cuentan Alipio, Evodio, Posidio y otros muchos que despues fueron sacados del Monasterio para hacerlos Obispos. Tambien recibia San Agustin á los niños, á los esclavos, y á simples Catecúmenos: todos observaban la continencia. Para las vírgenes estableció un Monasterio en Hipona, del que hizo Superiora á su hermana, y ésta le gobernó por largo tiempo hasta la muerte, sirviendo á Dios en una santa viudez. Las hijas de su hermano, y de su tio entráron en este mismo Monasterio, y á las Religio-

sas de él escribió su carta 211. De ep. 211. De sup. t. 1. c. 1.
XII. A fines del mismo año 395 se sentia el Obispo Valerio oprimido de vejez y de enfermedades; y temiendo que le quitasen á San Agustin para hacerle Obispo, escribió secretamente á Aurelio de Cartago para que le hiciese ordenar de Obispo para la Iglesia de Hipona, en calidad de su coadjutor. Siendo la respuesta de Aurelio favorable, Valerio suplicó á Megalio, Obispo de Calama, Primado de Numidia, que viniese á visitar la Iglesia de Hipona. Su presencia, ó á lo menos su consentimiento era indispensable para ordenar á un Obispo. Luego que llegó Megalio, le declaró Valerio su intencion, así á él, como á los otros Obispos que se halláron presentes, al Clero de la ciudad y al pueblo. Todos generalmente admitieron la proposicion con extremado contento, y pidió al pueblo con grandes aclamaciones que se executase.

XIII. Entretanto que no era mas que Presbítero permaneció en un Monasterio de Religiosos que habia establecido en Hipona: mas viendo que ya en el estado de Obispo no podia menos de recibir continuamente á los extraños, quiso tener consigo en la casa Episcopal los Presbíteros, Diáconos y Subdiáconos que servian á su Iglesia. En quanto le era posible hacia con ellos la vida de los primeros Christianos de Jerusalén que todo lo tenían en comun: á esto se obligaban todos los que entraban en su Clero, y á ninguno ordenaba, que no consintiese en permanecer con él, y con la condicion de no poseer cosa alguna. Los que tenian bienes se veían en la obligacion de darlos á los pobres, ó ponerlos en el comun: mas los que nada traían, en nada se distinguian de los que habian dado alguna cosa á la comunidad. En quanto á su persona, se entregó al ministerio de la predicacion con mayor fervor que quando era Presbítero, y continuó este exercicio de su ministerio hasta morir con el mismo teson, fuerza, vivacidad y juicio. Su vestido, su calzado, y sus alhajas, todo era muy modesto, nada tenia demasiado hermoso, ni demasiado despreciable, y en todo guardaba una mediania sin afectacion.

”¿Quereis, decia, que se diga de mí que en la Iglesia he hallado medios para tener vestidos mas ricos que los que pudiera haber gastado en casa de mi padre, ó en el empleo que tenia en el siglo? esto sería para mí muy vergonzoso. Es preciso que sean tales mis vestidos que los pueda dar á mis hermanos quando no los tienen. Yo no quiero otros sino los que pueden llevar un Presbítero, un Diácono, ó un Subdiácono; pues todo lo recibo, como ellos, del comun. Si me dan otros mas caros, los venderé, para que si los vestidos no pueden servir á todos, sirva el dinero que yo saque de ellos. Si quieren que yo lleve los que me dan, que sean tales que no me avergüence; porque esto tampoco conviene á mi profesion, á la obligacion que tengo de predicar, á un cuerpo cascado con la vejez, y á estas canas que veis.” Su mesa era servida con frugalidad; además de las yerbas y legumbres, se ponía algunas veces carne para los extraños y enfermos: mas siempre se servia vino, porque no suponía impureza en las viandas, como los Maniqueos, sabiendo que todas las criaturas de Dios son buenas y santificadas con la palabra de Dios y las oraciones. Estaba tasado el número de vasos de bebida de cada uno de los que comian con él; y si alguno de sus Clérigos habia jurado, perdía un vaso. En su mesa se ponian cucharas de plata; mas el resto de la baxilla era de barro, de madera, ó de marmol: lo que San Agustin hacia unicamente por amor á la pobreza y á la modestia. Durante la comida hacia que se leyese, y se examinassen algunas questões; y para excluir de su mesa la murmuracion habia hecho fijar estos dos versos en su refectorio:

*Quisquis amat dictis absentum rodere vitam,
hanc mensam vetitam noverit esse sibi.*

Sepa aquel que se interesa
en murmurar del ausente,
que el dectractor maldiciente
es indigno de esta mesa.

XIV. En su casa no se admitia muger alguna, ni aun su hermana con ser una viuda muy sierva de Dios; la razon que para esto daba era, que aunque no podian sospechar cosa mala, viendo en su casa á su hermana ó á sus sobrinos, como éstas no podian pasarse sin otras mugeres, podrian escandalizar á los flacos las que viniesen á visitarlas y servir de ocasion de tentaciones para los Eclesiásticos que vivian con él. Confiaba la administracion de los bienes de la Iglesia á aquellos Clérigos que reputaba mas aptos para este empleo, y los hacia dar cuentas todos los años de la entrada y del gasto. Aunque no tenia tesoro para conservar el dinero, tenia una especie de cepo para recibir las limosnas y ofrendas de los fieles, y las empleaba en los pobres. Algunos murmuraban de que dificultaba recibir herencias; mas el Santo no hacia caso de esto, y creyendo que en semejantes ocasiones se necesitaba mucha discrecion, no admitia las donaciones que podian ser vergonzosas á la Iglesia, ó la podian servir de carga, contentándose con recibir las que eran oblacones santas, y aun exhortaba á los fieles á que contasen á Jesuchristo como uno de sus hijos, dexándole una parte en su Testamento.

Desde el año 412 informado San Agustin de los errores que Pelagio y sus discípulos esparcian en la Iglesia, empezó á rebatirlos de viva voz y por escrito: no los dexó descansar hasta que el Oriente y Occidente se reuniéron para arruinar de un solo tiro el impío dogma que queria establecer este Heresiarca, y pronunciáron contra él y sus sequaces una misma sentencia. Esto sucedió el año 418.

XV. Dos años despues recibió este Santo Obispo las reliquias de San Esteban en Hipona, y las colocó en una capilla de su Iglesia, haciendo gravar en la portada de esta misma capilla quatro versos que enseñaban á todo el mundo que los milagros que entonces se hacian por la intercesion y reliquias de este Mártir, todos deben referirse á Dios. Para publicar estos milagros introduxo San Agustin en Africa la costumbre de

que aquellos , en cuyo favor se habian hecho los prodigios, diesen una memoria de lo sucedido, la que se leía despues á presencia de todo el pueblo. En menos de dos años habia en Hipona 70 memorias de estas.

XVI. No fué su única ocupacion el estudio de la Escritura como se habia prometido ; porque su caridad le empeñó en 427 en sosegar las turbaciones suscitadas en el Monasterio de Adrumeto , cabeza de la Bizacena, sobre el punto de la gracia. El mismo año trabajó con eficacia en sacar al Monge Lepodio de los errores en que habia caido contra los misterios de la Encarnacion y de la gracia.

En 428 pasaron los Vándalos de España á Africa, y hallaron aquella provincia en paz y abundancia : pero presto la mudaron el semblante ; porque robaban , saqueaban, quemaban , y quitaban la vida á quanto se les ponía delante. Exercitaron particularmente su crueldad contra las Iglesias, Cementerios y Monasterios , empleando toda especie de suplicios para obligar á los Obispos y Presbíteros á dar el oro y la plata que tenian , así propio , como de la Iglesia. Muchos murieron con el rigor de los tormentos. No cesaba de llorar San Agustin descubriendo en estas desolaciones otros males y peligros mucho mas terribles que los que afligian á la mayor parte del mundo , y previendo los peligros de las almas ; sus lágrimas viniéron á ser el pan con que se alimentaba de día y de noche para usar la expresion del Profeta. Mas el extremo dolor que sentia por los males de Africa , en nada disminuía su fe, ni su generosidad Episcopal. Consultado por un Obispo de aquella provincia , si era permitido huir del peligro á los que estaban encargados del cuidado de los otros, le respondió : »Que los Obispos no debian impedir á los que del pueblo se querian retirar ; pero que ellos no podian abandonar las Iglesias , ni romper los lazos con que la caridad de Jesuchristo los tenia atados á su ministerio ; y así , que mientras fuese necesaria su presencia á sus pueblos , no podian hacer otra cosa sino po-

nerse en la voluntad de Dios con entera confianza de su auxilio.

XVII. Los Vándalos , conducidos por el Rey Genserico , sitiaron la ciudad de Hipona á fines de Mayo , ó á principios de Junio , año de 430 , lo que aumentó mucho el dolor de San Agustin. Durante el sitio de esta ciudad , y en medio de los asaltos que la daban los Vándalos , tuvo el consuelo de tener consigo á muchos Obispos , y entre otros á Posidio de Calomo , uno de sus mas ilustres discípulos. Todos mezclaban juntos su dolor, sus gemidos y sus lágrimas, ofreciendo este sacrificio al Padre de misericordias , y al Dios de todo consuelo , para que los socorriese y libertase de los males que padecian , y de los que temian. S. Agustin pedia á Dios en particular , que se dignase de librar á Hipona de los enemigos que la sitiaban , ó que á lo menos diese á sus siervos fortaleza para sufrir los males que los amenazaban ; ó por ultimo , que le sacase del mundo , y le llevase para sí. Efectivamente enfermó de tercianas á los tres meses del sitio , y conoció que Dios no habia despreciado la oracion de su siervo.

XVIII. Durante su enfermedad hizo escribir en la pared enfrente de su cama los Salmos Penitenciales , y los leía derramando arroyos de lagrimas. Todo ocupado en el asunto de la salvacion , suplicó diez dias antes de morir , á sus mas íntimos amigos y aun á los Obispos, que ninguno entrase en su aposento sino quando el médico iba á visitarle , ó quando le llevasen alimento , empleando en la oracion todo el tiempo que le quedaba. Por ultimo , llegando el dia de su muerte , entraron Prsidio , y los otros discípulos ó amigos á juntar sus oraciones con la del Santo ; pues no la interrumpió hasta que durmió en paz , conservando hasta el ultimo punto el uso de todos sus miembros , sin que le faltase el oido ni la vista. Como habia abrazado la pobreza voluntaria , no hizo Testamento alguno , por no tener cosa que dexar : pero encomendó que conservasen con cuidado la Biblioteca de la Iglesia con los libros que él tenia para los que le sucediesen. Refiere Posidio,

que, incendiada algun tiempo despues la ciudad de Hipona, se conservó esta Biblioteca enmedio de las llamas y de los bárbaros Arrianos. Señalan la muerte de San Agustin en 28 de Agosto de 430. Habia vivido 76 años, y servido á la Iglesia casi 40 en calidad de Obispo ó de Presbítero.

XIX. Sus obras, y principalmente *la ciudad de Dios*, y las que hizo en favor de la gracia de Jesuchristo, le han adquirido una gloria inmortal. En ellas se ve la basta extension de su ingenio, mucha exâctitud y penetracion, con una fuerza y energia admirables. La mejor edicion es la de los Benedictinos, en 10 tomos en folio.

XX. En el primer tomo se hallan dos libros de retractaciones, que son una especie de crítica de aquellas obras suyas que revisó antes de morir en 425; 13 libros de confesiones; estos son una pintura de su vida, escrita por los años de 400.

XXI. En el tomo segundo hay 270 cartas repartidas en quatro clases, desde la conversion de San Agustin, hasta su ordenacion; desde su ordenacion, hasta la heregia de Pelagio; las otras hasta el fin de su vida; y la quarta clase contiene las que son de data desconocida. El tomo tercero contiene los tratados de la Escritura. El tomo 4.º comprehende la explicacion de los Salmos. Es una coleccion de Sermones ó de instrucciones tomadas de los Salmos, los que siempre explica en sentido espiritual y moral.

El tomo 5.º contiene los sermones, y son 183, sobre muchos lugares del antiguo y nuevo Testamento.

El tomo 6.º incluye las obras dogmáticas.

El tomo 7.º comprehende los 22 de la ciudad de Dios; Habla de las dos ciudades, la de Dios, y la del mundo.

El tomo 8.º consta de los escritos contra los Hereges.

En el 9.º estan los tratados contra los Donatistas. Y en el 10.º sus escritos contra los Pelagianos.

ARTÍCULO II.

§. I.

Analisis de las obras de San Agustin.

- | | |
|--|--|
| I. Analisis de los libros de sus confesiones, y de cada uno en particular. | XII. La carta 22 á Aurelio de Cartago. |
| II. Del libro de la vida feliz. | XIII. La 23 escrita á Maximino. |
| III. Los libros del orden. | XIV. Cartas 24 y 25 de San Paulino, y la 26 de San Agustin á Licencio. |
| IV. Tratado de la inmortalidad del alma. | XV. La 28 escrita á San Gerónimo. |
| V. Tratado de la cantidad del alma. | XVI. Cartas de la segunda clase. La 36 á Casulano. |
| VI. Los libros de la música, lógica; &c. | XVII. Las cartas 37 y 38 á Simpliciano, y á Profuturo. |
| VII. El libro del Maestro. | XVIII. La 46 á Publicola. |
| VIII. Libros del libre albedrio, y los del Genesis contra los Maniqueos. | XIX. La 49 á Honorato. |
| IX. Los dos libros de las costumbres de la Iglesia Católica. | XX. La 54 y 55 á Januario, respondiendo á varias questões. |
| X. Libro de la verdadera Religion, y la regla de San Agustin. | XXI. Carta á Pamaquio: la 58. |
| XI. Escritos pertenecientes al tomo segundo de las cartas de S. Agustin, y analisis de la carta á Valerio, que es la 21. | XXII. La Carta 80 á S. Paulino. |
| | XXIII. La 91 á una señora llamada Italica. |
| | XXIV. La 95 á Vincencio el Rogatista. |

I. El primer tomo de las obras de San Agustin incluye lo que escribió siendo aun jóven, y antes de ser Sacerdote. No obstante, han colocado en este tomo sus dos libros de las retractaciones, aunque los compuso al fin de su vida, como para servir de introduccion á las otras obras de este Santo, y los 13 libros de sus confesiones, publicados quando ya era Obispo, para que viese el lector desde luego la modestia y amor á la virtud de San Agustin, y despues su grande arrepentimiento por haberse extraviado por tan largo tiempo de los caminos de la salud.

II. Las retractaciones de San Agustin estan divididas en dos libros: el primero se emplea en la revision de los escritos que compuso antes de su Obispado, y aun de los que prece-